

CRONO, EL QUE TODO LO DEVORA

El dios griego del tiempo es Crono. Francisco de Goya lo representa como un monstruo voraz que se come a sus propios hijos. Nada hay más cruel que el brutal filicidio cometido por el dueño del universo. La mitología griega nos enseña que el paso del tiempo lo devora todo, que cicatriza heridas y sepulta los átomos de la memoria.

Al principio era el Caos. Del Caos surgió Gea (la Tierra), quien engendró, gracias a la intervención de Eros, a un compañero: Urano (el Cielo). De la unión de los dos primeros dioses, de Urano y Gea, nacieron los Hecatonquiros, gigantes de cien manos, los Cíclopes, gigantes que tenían un solo ojo en la frente, los Titanes y sus hermanas las Titánides.

Urano, celoso de los hijos que iba concibiendo Gea y temeroso de que pudieran arrebatarse su poder, no les dejaba salir del seno de su madre. Gea, que sufría terribles dolores, fabricó una hoz y se la entregó a sus hijos para que la liberaran de la opresión de Urano. Pero ninguno de sus nonatos vástagos se atrevía a empuñar semejante arma y llevar a cabo la terrible venganza. Al final, viendo Crono cómo sufría su madre, blandió la hoz contra Urano y le cercenó los testículos, que cayeron al mar fecundando las olas, de las cuales nacieron las Erinias y la bella Afrodita.

Crono liberó a todos sus hermanos y ocupó el lugar de su padre en el Cielo. Dueño y señor del universo, arrojó al Tártaro a los Hecatonquiros, encadenó a los cíclopes y se casó con su hermana Rea.

Al verse vencido por su propio hijo, Urano le maldijo diciendo:

—“Tú también, Crono, serás destronado por uno de tus hijos.”

Para evitar que se cumpliera la profecía de su padre, Crono iba engullendo a sus propios descendientes según iban naciendo. Primero tragó a Hestia, y sucesivamente a Deméter, Hera, Hades y Posidón. Cuando Rea supo que estaba encinta de su sexto hijo, huyó a Creta para tener a Zeus en secreto. Pero Crono se enteró y le ordenó que le entregara al recién nacido para engullírselo también. La madre, que había dejado al pequeño oculto en el monte al cuidado de la cabra Amaltea, le ofreció una piedra envuelta en pañales. Crono se tragó el engaño y vivió tranquilo pensando que controlaba la situación.

Cuando Zeus creció pidió consejo a Metis (la Prudencia), quien le entregó una droga para que se la suministrara a su padre. El joven se personó ante Crono y le ofreció beber un vino dulcísimo que traía de Creta. El soberano no se percató de que el vino contenía la droga de Metis y bebió con fruición. El vino, aunque de sabor exquisito, le produjo un gran malestar y le hizo vomitar a los hijos que había engullido años atrás. Zeus, junto a sus hermanos, luchó contra su padre y los demás Titanes.

La guerra duró diez años. Zeus liberó a los cíclopes y a los hecatonquiros, cuya ayuda fue inestimable. Los primeros entregaron el trueno y el rayo a Zeus; un casco, que hacía invisible a quien lo portara, a Hades; y el tridente, que hace temblar la tierra, a Posidón. Armados de esta manera vencieron a los Titanes y se repartieron el poder, echándolo a suertes: a Zeus le tocó

el gobierno del Cielo, y por tanto, el poder sobre todos los dioses; a Posidón, el mar; y a Hades, el dominio sobre el mundo subterráneo.

Zeus se casó con su hermana Hera y se instaló junto a los otros dioses en lo alto del monte Olimpo, el lugar más elevado de Grecia. Desde entonces el mundo se guía por la voluntad de los olímpicos, mientras los Titanes permanecen encadenados en el fondo del mar.

Sugerencias

Ésta es una historia importante, quizá demasiado importante; en cierto modo, imponente, tremenda, fascinante, tan grande que no es posible sacarle todo el jugo en unas cuantas líneas. A mi modo de ver nos transmite una verdad demasiado elevada para poder ser narrada. Sólo el mito es capaz de hacerlo. Esta historia nos presenta, nada más y nada menos, que la lucha encarnizada contra el tiempo. El tiempo lo devora todo, todo lo engulle y lo destruye, nada se puede hacer para recuperar el pasado. Sin embargo, Zeus, el padre de los dioses y de los hombres, consigue hacer que el tiempo vomite lo que ha tragado sin medida, y así logra recuperar el pasado.

El hijo del tiempo establece un nuevo orden en el que cabe para el hombre la esperanza de la eternidad. Pero Zeus se acomoda en su trono y se olvida de llevar a cabo lo que estaba en su mano. El hombre antiguo tiene claro que el tiempo sin eternidad se convierte en un monstruo inhumano y sabe que existe otra dimensión más positiva. Lo que ocurre es que no sabe cómo pueden articularse el tiempo y la eternidad. Los dioses olímpicos son demasiado humanos para poder elevar al hombre a la eternidad: ellos mismos están sometidos a la temporalidad. En la literatura mítica se habla de "los dioses inmortales", más que de "los dioses eternos".

Parece como si los antiguos hubieran recibido una revelación respecto al advenimiento de una nueva dimensión en que la propia temporalidad se cruzara con la eternidad. Pero, como ya he dicho, es una verdad que les supera, no saben cómo expresarla; en cierto modo, no la comprenden. Habrá que esperar, como afirma Kierkegaard, a la revelación evangélica para contemplar al Eterno que se hace temporal y que le da un sentido nuevo a la temporalidad. El hombre a partir de la "plenitud de los tiempos" puede "recuperar" en el tiempo la eternidad.

¿Cómo expresar la esencia del tiempo? Sólo lo permiten las licencias del poeta, capaces de decirlo todo en un verso: "No existe más metáfora que la metáfora del tiempo" (José Manuel Gutiérrez, El color del aire, Olifante, Zaragoza, 1999, p. 63).

La historia nos muestra gran cantidad de rencillas familiares, asesinatos y conspiraciones de muchos príncipes que quisieron llegar a ser reyes antes de tiempo, pero la historia de Urano, Crono y Zeus no debe aplicarse únicamente a las intrigas de corte, sino a una verdad mucho más profunda y cotidiana: los hombres debemos resignarnos a envejecer, es decir, a ser suplantados por nuestros propios hijos.

Sobre el terrible Crono, ¿qué decir? Él es el monstruo más temido, el de mirada más terrible, al que nadie jamás logra vencer, pues es dueño de los "jamases". A base de devorar a dentelladas a su propia descendencia se ha convertido en el dios más rico. Ni las arcas del mismísimo rey Midas pueden contener lo que él engulle sin parar. He aquí la versión más prosaica del tan socorrido dicho "el tiempo es oro".

Contamos este mito a los niños en versión infantil. Se trata del cuento de Los siete cabritillos. El lobo feroz engaña a los cabritos, que le han dejado entrar en su

casa, facilitándole un gran banquete. Atiborrada de tan succulenta comida, la fiera llega a duras penas hasta la sombra de un árbol donde se queda profundamente dormida. Pero no se ha comido a todos, el hermano más pequeño pudo esconderse detrás del reloj y espera a su madre, a quien explica lo sucedido. Entonces, se llegan hasta donde yace el animal, le abren la tripa y salen felices los seis cabritillos. Para engañar a la bestia carnífera, le llenan la tripa de piedras, cosen la fisura y se alejan de allí. Ya sabéis cómo acaba el cuento. ¿No resultan dos historias similares? ¿No engulló Crono una piedra creyendo que se trataba de su propio hijo? ¿No escondió Gea a Zeus detrás del reloj? ¿No liberó el rey de los dioses a sus hermanos que se encontraban en las tripas de Crono?